

talo; en esta isla los *ilapitas* han de trabajar gratis en los campos de arroz, en los lavaderos de oro etc. del príncipe, los *mongohules* son los descendientes de una clase de esclavos que sólo ayudan á su señor en las grandes solemnidades y los *watos* son esclavos adquiridos por compra, permuta, herencia ó donación. La historia antigua de las Filipinas habla de sangrientas sublevaciones de los esclavos contra sus opresores.

Tanto como interiormente aparecen exteriormente cerradas estas tribus siendo una consecuencia lógica de la otra, pues la tribu no sólo exige la explotación exclusiva de su territorio sino que pide respeto para sus usos, para sus tumbas, para los sitios declarados *pomali* ó *padi* que defiende con ingeniosas trampas, lanzas para los pies de agudas astillas de bambú y otros medios análogos que, sin embargo, no impiden sean aquéllos violados por los extranjeros. Estas violaciones traen consigo frecuentes luchas á las que contribuyen también otras causas. Schadenberg dice de los ilongotes: «Las distintas tribus se combaten mutuamente de una manera cruel; los motivos de estas luchas son insignificantes y á menudo arrancan de venganzas personales, bien que éstas se dejan las más de las veces ventiladas por las familias interesadas. En cambio, cuando se trata de guerrear contra los cristianos ó contra los negritos, únense amigos y enemigos para hacer causa común.» En breve nos ocuparemos especialmente de la causa principal de un estado de guerra casi permanente, de la caza de cabezas, «ese carbunclo que mata toda aspiración elevada y ahoga todo desenvolvimiento importante de la cultura.» No hay que dejar tampoco á un lado el robo de esclavos y la piratería ejercida con increíble audacia que no han podido ser extirpados ni en los territorios holandeses ni en los españoles. Bernádez habla de 20.000 españoles é indígenas que fueron robados en el transcurso de treinta años. Estos pueblos no son por naturaleza adversarios de los extranjeros, puesto que en las tribus que se han mantenido en estado de pureza la hospitalidad llega hasta el punto de que el viajero puede alojarse en la mejor casa del primer kampong que encuentre sin temor de ser mal recibido. Cierto que en Borneo existe la leyenda de que los dajakes eran aficionados á envenenar á todos los extranjeros que llegaban á sus territorios y así parece confirmarlo Bock, pero en cambio Perelaer niega, y con razón, la certeza de tal aserto por lo menos en lo que toca al Sud y al centro de esa isla. También hemos de consignar como otra de las causas de las luchas la falta de fijeza en los límites que encontramos en todos los territorios en que domina un estado de cosas análogo; que como á tal ha de ser reconocida nos lo demuestra la creación de las zonas fronterizas neutrales que vemos entre los territorios *battas*, por ejemplo.

El estado de guerra que tan frecuentemente aparece y que se prolonga por tanto tiempo hace que existan formas muy concretamente determinadas para las declaraciones de guerra, para la paz y para las alianzas; Hagen que nos habla de ellas entre los *battas* de Tobah ve en las mismas testimonios fehacientes de que entre estos pueblos no se lucha con el apasionado y ciego furor que prescinde de toda consideración sino de una manera noble y caballeresca, más por afición que como *sport*. El *batta* anuncia la guerra por medio de un cartel de desafío; negocia durante algunos días y discute con fogosos discursos, antes de empuñar las armas, entre las tentativas de arreglo que hacen los caudillos vecinos y finalmente el primer cadáver decide la victoria ó la derrota. El cartel de desafío consiste en una caña de bambú de un palmo de largo en el que hay escri-

tas las acusaciones y la declaración de guerra, en un manojo de paja símbolo de incendio, en un cuchillo de bambú recordando el degüello, en una lanza de bambú que indica golpe asestado en el corazón, con todo lo cual se hace un paquete que durante la noche se cuelga en sitio muy visible para el enemigo. Entre los ilongotes notificase la guerra por medio de un manojo de flechas ó regando el camino con sangre. Sin embargo, la guerra no estalla después de esta declaración si en el espacio de ocho días no se comete un acto de reconocida hostilidad. Con mucha frecuencia por desgracia se sella la paz con sacrificios humanos, pues la mezcla de sangre de los hombres convierte la amistad en fraternidad consanguínea. Después de algunas pequeñas escaramuzas y discusiones de la vida ordinaria el haz de sirih, que no en vano se procura sea lo mejor y más adornado posible, sirve de símbolo de inteligencia, como en otros lugares la pipa ó la botella de ron.

Una de las instituciones malayas de más trascendentes consecuencias y que más influye en la vida de estos pueblos es la decapitación ejercida como medio para conquistar los trofeos que los holandeses designan con el nombre de *koppensnellen*. El provincial de los Agustinos, Martín de Rada, refería en 1577 entre otras cosas lo siguiente: «Un pueblo de esta isla (Luzón) se denomina zambali y análogos á él son los manguianes de la isla de Mindoro y los negros de las demás islas. Lo que más codician estos pueblos, en especial los zambalis, y lo que les sirve de trofeos son las cabezas humanas y el deseo que de poseerlas tienen es tal que cuando salimos á campaña contra los piratas limahones uniéase á nosotros un caudillo zambali con 100 arqueros para tomar parte en nuestra guerra diciéndonos que de todo el botín que conquistáramos no ambicionaba otra cosa que las cabezas de los chinos. En sus casas hay colgadas de 30 á 40 cabezas y en una de ellas ví más de 100, pues su mayor gusto consiste en decapitar á los que encuentran desprevenidos, cuyas cabezas cuelgan en sus chozas después de haber extraído de ellas los sesos por un agujero practicado en la coronilla. El que más cabezas posee es el más ilustre y respetado de su tribu.» Hasta el presente este alto aprecio de las cabezas enemigas se ha conservado entre todas las tribus dajakes de Borneo—excepción hecha únicamente de los *bukkites*, según afirma Bock—y entre la mayoría de los pueblos de las Filipinas, á pesar de los esfuerzos en contra hechos hasta la actualidad por las autoridades coloniales que por esto mismo se ven continuamente amenazadas y obligadas á mantenerse en constante estado de defensa. Joest encontró en pleno apogeo la decapitación en Ceram.

Para explicarse la persistencia de esta costumbre que por mucho tiempo será imposible de extirpar hay que tener en cuenta que existe en ella un fondo religioso derivado de la veneración que hacia los cráneos profesan todos los malayos, veneración de la que más adelante hablaremos, y según la cual los sacrificios más codiciados para ofrecerlos á los espíritus de los antepasados son las cabezas de los enemigos. En los territorios en donde se han abierto paso el cristianismo ó el islamismo la caza de cabezas y la adoración de cráneos han sufrido tal retroceso en el espacio de una generación que en el Norte de Borneo, por ejemplo, yacen hoy los cráneos olvidados entre los trastos viejos. Los igorrotos, según Hans Meyer, no conservan de la danza que en otro tiempo ejecutaban alrededor del tronco vacío en donde se clavaba el cráneo más recuerdo que una canción satírica. Entre las causas que fueron origen de tan bárbara costumbre figuran también consideraciones pura-

mente mundanas, así sociales como políticas, que hacen de la posesión de cráneos la más preciada de las propiedades: podemos citar, por ejemplo, la costumbre de los ilongotes de dar el novio á la novia ó á su familia, antes de celebrarse la ceremonia del casamiento, cierto número de cabezas humanas que pueden ser de tribus vecinas enemigas ó de negritos, aunque son preferidas á todas las de los cristianos. En cambio, los dajakes sólo buscan, según se dice, cabezas de individuos de su propia tribu. Utilizanse también las cabezas para apoyar en ellas las estacas que sirven de cimiento de las cabañas y para enterrarlas al lado de los muertos. Los dajakes, ilongotes y demás afines consideran pobre la sala de la casa de un caudillo que no esté adornada con algunos cráneos. Los cazadores de cabezas afortunados son los únicos que pueden usar el tatuaje. Empleáanse, además, los cráneos como vasos y los dientes y cabellos de las cabezas como adornos para los trajes y para las armas, de modo que en los casos en que los holandeses rescataban del poder de los cazadores de cabezas algunos cráneos aparecían éstos siempre sin cabello y sin la mandíbula inferior. Finalmente la decapitación es, dentro del derecho de gentes no escrito de estas tribus, la única forma eficaz de solventar las hostilidades de la tribu, y en este concepto subsiste todavía: los dajakes del Sudoeste de Borneo prometieron al embajador holandés Michielsen que iba allí entre otras cosas para acabar con la caza de cabezas, no emprender en lo sucesivo expedición alguna de rapiña ni volver á cazar más cabezas salvo únicamente en el caso de que se tratara de tomar venganza de algún crimen cometido por tribus enemigas.

Estas cazas de cabezas estaban indudablemente circunscritas en su origen á los casos de hostilidad entre las tribus, pero éstas fueron luego extendiendo el círculo de sus sacrificios llegando el deseo de poseer cráneos á ser una verdadera pasión que se sobrepujó á toda consideración humanitaria, hasta el punto de que ya no se contentaban estos pueblos con cortar cabezas enemigas—y esto que cualquier aldea vecina podía ser casi como enemiga considerada—sino que se decapitaba á diestro y siniestro donde quiera que se ofrecía ocasión y sin perdonar siquiera á los que tranquilamente dormían. «Yo mismo presencié—dice Hans Meyer—en 1871, en Manado, cómo habiendo fallecido un antiguo caudillo nuestros criados se negaban á salir después de anochecido por miedo de que les cortaran la cabeza.» Y por más que el estado de cosas que actualmente reina en aquellas comarcas haya hecho desaparecer todo peligro directo, el hecho referido por Meyer demuestra cuán profundamente arraigada estaba esta costumbre. Otra causa psicológica de esta práctica cruel es el bastardeamiento del derecho de venganza producido por la cobardía. El funcionario holandés que acabamos de nombrar expresaba en su memoria sobre el Sudoeste de Borneo la opinión de que este fatal *koppensnellen* cesaría si el *balas*, pena del talión ó derecho de venganza, alcanzaba á los verdaderos culpables. «El dajake de estas comarcas—añade—es sumamente cobarde y no se aventura nunca á una lucha abierta para llevar á cabo sus proyectos de asesinato, sino que se pasea pacientemente por el bosque cerca del campo de arroz hasta que se le presenta ocasión favorable para arrojarse sobre un par de personas indefensas, con preferencia mujeres y niños, y cortarles la cabeza.» Wittt confirma la existencia de esta bárbara costumbre en el Norte de Borneo, puesto que dice que los *danaos* *dusunés* eran también cazadores de cabezas, refiriendo que en la choza de su caudillo se encontraban todavía como herencia tres docenas de cráneos, entre los cuales halló dos de niño que le

recordaron que los cráneos de niños y mujeres son los más apreciados, porque se cree que son los que con más furor defienden los compañeros de tribu de las víctimas. «Una sola vez—dice Michielsen—sucedió que un dajake de Seraján, cuya hija había sido asesinada por un cortador de cabezas de Katingán, persiguiera al asesino hasta su propia aldea y le cortara la cabeza mientras se estaba celebrando la fiesta en honor de su feliz regreso; este suceso causó tal terror que se dejó marchar impunemente con la cabeza del degollado al hombre que se había atrevido á llevar á cabo aquella hazaña.» Una de las cosas que más difícil hacen la extirpación de esa costumbre salvaje es el sistema de represalias en que se funda y al propio tiempo la circunstancia de que este sistema no se practique con el rigor debido, de suerte que en cuanto la caza de cabezas ha echado raíces en una comarca no queda, al poco tiempo, una aldea, ni una tribu que no tenga que lamentar la decapitación de alguno de los suyos y cuyos hombres aptos para empuñar las armas no aprovechen todas las ocasiones que se les ofrezcan para tomar venganza aun cuando ésta recaiga en inocentes.

Allí donde la caza de cabezas subsiste todavía en todo su apogeo practícase de una manera sistemática: los dajakes se preparan para ella con una especie de consagración religiosa construyendo una *balei pali* (choza prohibida) compuesta de un techo sostenido por cuatro estacas y de un pavimento de un metro de altura. La entrada en esta choza está por sus cuatro costados cerrada con una valla de rónes que se esparcen en todas direcciones y están adornados con flores encarnadas, con hojas frescas de palmera y con una porción de objetos de madera labrada representando espadas, escudos, lanzas, nasicornios volando, todos de pequeñas dimensiones y toscamente ejecutados. Dentro de la cabaña se encuentran lanzas, cerbatanas, carcajes con flechas de cerbatana recientemente envenenadas, escudos, espadas, corazas y algunas chucherías, es decir todo cuanto constituye el armamento de una horda de cortadores de cabezas. En esta cabaña permanecen éstos durante 4 ó 6 días según que sean más ó menos favorables los presagios que en este tiempo consultan al vuelo de los pájaros, y antes de abandonarla clavan en el suelo tantas estatuas toscamente cinceladas como individuos tiene la pandilla: estas estatuas llevan el nombre de *hampatungs* y su objeto es reconciliar á los malos espíritus con la expedición emprendida á pesar de los desfavorables augurios. Mientras la cuadrilla permanece dentro del *balei* nadie que á ella no pertenezca puede aproximarse á él bajo pena de una fuerte multa y en algunos casos de muerte.

Schadenberg describe en los siguientes términos las sorpresas realizadas por los cazadores de cabezas de los ilongotes: «Los ilongotes cazadores de cabezas no buscan su botín en lucha noble sino en las sorpresas. Cuando han proyectado alguna de éstas reúnen en número de 80 á 100 y armados con espadas, lanzas, arcos, etc., se encaminan silenciosamente dirigidos por el caudillo á las cercanías del lugar elegido para llevarla á cabo y al llegar á ellas algunos se encaraman á elevados árboles para explorar el terreno. Una vez convencidos de que nadie les observa, avanzan rápidamente y dividiéndose en dos grupos se colocan á ambos lados del camino por donde han de pasar aquellos á quienes piensan atacar, escogiendo á este fin casi siempre las llanuras próximas á los vados del río Dikanili, cuyas altas hierbas les ocultan á maravilla. Entonces cada grupo se divide en tres secciones: los individuos de la primera se colocan de pie en medio de las hierbas á 2 ó 3 pasos del camino sosteniendo en la diestra el *kampilán*, espada, y el

escudo en la izquierda, los de la segunda se sitúan á unos 4 pasos de los anteriores empuñando sus lanzas y los de la tercera tienen preparados sus arcos y sus flechas. Puestos en este orden esperan horas enteras hasta que se aproximan sus víctimas que suelen ir en grupos de 4 ó de 6 porque nunca van solos á causa de la inseguridad. Cuando el último de los caminantes ha llegado al sitio de la emboscada, el jefe de los cazadores da un grito que es la señal de ataque é instantáneamente caen las lanzas, los kampilanes y las flechas sobre los infelices sorprendidos que en un momento pasan de la vida á la mansión de la muerte. «Merece consignarse que los asesinos no tocan uno solo de los objetos que constituyen la propiedad de las víctimas. Los alfures de Ceram avisan á los que han designado como víctimas antes de ponerse en emboscada, destruyendo sus árboles frutales y clavando en el suelo ramas arrancadas del árbol *kadiho*; ya se comprenderá que de esta suerte sólo resultan sacrificados los más imprudentes.

La conexión que existe entre esta costumbre y el canibalismo que independientemente del grado de cultura aparece en distintos puntos del archipiélago está demostrada por las diversas aplicaciones del cráneo y de otros miembros del cuerpo humano. Además de esto pruébala también la manera cómo una costumbre sustituye ó representa á la otra; así por ejemplo, los battas son canibales y los dajakes cazadores de cabezas. Aquí puede formularse la pregunta de si es posible una separación marcada entre ambas aficiones ó extravió, pregunta que debe ser contestada negativamente, pues la simple comprobación de los hechos que de ambas son consecuencias destruye el puente que pudiera separar á la una de la otra. De los ilongotes, los más incontestablemente cazadores de cabezas de Filipinas, se dice que celebran sus grandes fiestas con sacrificios humanos, pudiendo, además, asegurarse que se comen el corazón de los enemigos recientemente muertos procurando que, en lo posible, palpite todavía cuando lo arrancan; estos salvajes suelen, sobre todo, mutilar por cuantos medios pueden los cadáveres de sus víctimas. Según Riedel, en Timorlaut se sellan las alianzas comiendo un esclavo. Wittí oyó decir en el Norte de Borneo hablando de los suluanos, que al parecer no son cazadores de cabezas, que atan á su víctima y le atraviesan el pecho con lanzas, después de lo cual á cada habitante de la aldea se le da un pedazo de aquel cuerpo aun caliente; hecho esto entierran el cadáver sin quitarle la cabeza «pues los caudillos de las Sulus no desean esto.» El propio autor añade: «Nos aseguraron que no pertenecían á la tribu que recoge la sangre de las víctimas en pequeños bambúes para rociar con ella los campos», aludiendo Wittí con esto á los canibales que probablemente habitaban al Sud de Kinabatangán. Bock dice que los bahu-trings son canibales que devoran los cuerpos de sus víctimas y secan los cráneos que pertenecen á los caudillos. La costumbre que nos describe Mas de los ifugaos de Filipinas diciendo que sorben los sexos de los cráneos decapitados aparece también en Borneo y A. B. Meyer no vacila en afirmar que asimismo existe, aun hoy en día, en el Norte de Luzón. Los naturales de Minahassa se comían, aun en el siglo décimo séptimo, después de las cazas de cabezas las mejillas y los ojos de los cráneos conquistados y los bahu-trings de Borneo para dar mayor esplendor á sus fiestas craneales entregan hasta 40 de sus esclavos á los cuales se da muerte en medio de los mayores martirios. Hagamos constar como recuerdo del sanguinario culto de Siwah en la India y de la colonización india de Borneo que estos martirios se efectuaban en otro tiempo sobre estacas las más de las veces representando figuras humanas con órganos genitales de

extraordinarias dimensiones. Los alfures de Ceram entierran todavía el cráneo de un hombre recién sacrificado en los cimientos de su casa comunal y Yagor cita algunas pruebas de la existencia, en otro tiempo, de sacrificios humanos con ocasión de los entierros en Samar y en otras islas del archipiélago filipino.

Los battas que sin ser cazadores de cabezas son los canibales más pronunciados dejan adivinar la existencia de algunos de los usos anteriormente expuestos en el conjunto de prácticas que entre ellos acompañan á la antropofagia. Aun cuando ésta no fué, en tiempos modernos, entre ellos un acontecimiento de todos los días organizado á capricho de cualquiera, sino que sólo tenía aplicación con los prisioneros de guerra y con los criminales más depravados, hay indicios de que esta bárbara costumbre era antiguamente general; esto no quiere decir que demos crédito á los que pretenden que en los mercados del territorio batta se vendía carne humana ni á los que dicen que los rajahs la comían diariamente por encontrarla en extremo apetitosa. Por lo demás, Riedel confirma que en Timorlaut la carne de los que morían en el combate era comida, después de haber sido decapitado el cadáver, en *dengdeng*, es decir secada al sol. Existe una leyenda batta con la que este pueblo pretende disfrazar esa repugnante costumbre y según la cual la antropofagia fué desconocida durante los buenos tiempos antiguos hasta que estalló una sangrienta guerra civil en la que el mal espíritu encarnizó de tal manera á los hombres unos contra otros que éstos se dejaron llevar hasta esta horrible manifestación del odio y del furor contra los enemigos; pero en contra de esta leyenda hay el hecho de que las víctimas son atadas á estacas y martirizadas como en Borneo y en Luzón y de que la furiosa multitud se precipita sobre ellas para arrancar pedazos de su carne y comerse la sazónada con agua salada y zumo de limón. De suerte, pues, que el conjunto resulta ser una fiesta completamente canibal. Marco Polo dice que estos indígenas se comen á sus parientes enfermos, pero esta costumbre ha sido puesta en duda por los modernos autores.

La cuestión económica no es una de las últimas causas que dificultan la extirpación del canibalismo. En efecto, á algunos viajeros holandeses se les demostró que en una fiesta de Tiwa celebrada en honor de un muerto resultaba más barato sacrificar seis esclavos que costaban 100 florines que matar igual número de búfalos que costaban 250, esto aparte de que lo primero era más conforme á la costumbre y al objeto de ésta.

No están los malayos del todo faltos de espíritu guerrero por más que grandes poblaciones como los javaneses se encuentran tan enervados á consecuencia de la larga opresión en que viven y de las corbeas que han de prestar á soberanos indígenas y extranjeros que éstos últimos, por lo menos, no se creen obligados á tener en cuenta sus varoniles virtudes para las cuestiones políticas. La mayor facilidad para disciplinarlos hace que los javaneses y los madureses tengan más numerosa representación que ningún otro pueblo en el ejército de indígenas que sostiene el gobierno indio-holandés. No sucede lo propio con los pueblos naturales del interior de Sumatra, de Borneo y de las demás islas orientales ni con los guerreros y piratas de Atschin y de las Sulus fanatizados por el islamismo. De estos últimos dice Blumentritt que lo que les pone la espada en la mano no es tanto el deseo de luchar como el afán de robo más prosaico. «Huyen cobardemente cuando su propia superioridad numérica no les permite esperar con seguridad la victoria,» á pesar de lo cual no quiere negarles ese autor cierta audacia demostrada por el gran número de sus atre-

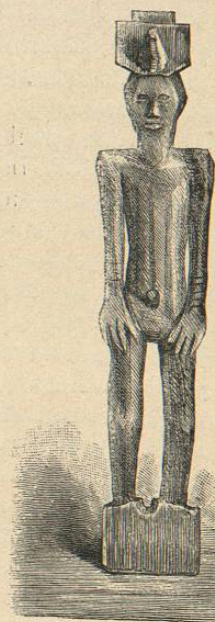
vidas empresas piratas. Los millares de malayos, bugis y alfures entregados á la piratería y los audaces ladrones de esclavos de las costas de Nueva Guinea no merecen tampoco el calificativo de cobardes. Bock llama á los dajakes guerreros por naturaleza y opina que lo que falta á sus armas en punto á perfección moderna está compensado por la circunstancia de estar en perfecta armonía con las condiciones naturales del país y por la habilidad con que aquéllos las manejan. «Desde muy joven se le enseña al dajake á manejar las armas, á defender á su patria y á invadir los territorios vecinos. El servicio militar no es, sin embargo, obligatorio: la afición á la guerra y el deseo de superar al vecino en valor y de conquistar fama como cazador de cabezas son cualidades innatas á todo dajake.» Ya hemos visto cuánto tiende la educación de los niños á despertar en ellos la aptitud guerrera: las danzas guerreras, las consagraciones religiosas de los que salen á combatir, la imposición de talismanes, la ceremonia de tragarse una mariposa para adquirir ligereza que vemos en Timorlaut y otras prácticas análogas contribuyen á aumentar el valor. Con frecuencia toman parte en las guerras las mujeres y los niños. Entre los battas existe la costumbre extraña de llamar para que intervengan en sus guerras á guerreros extranjeros, por ejemplo de Atschin, con la particularidad de que inspiran éstos tanta mayor confianza cuanto más lejos estén situados los países de donde proceden.

La tribu y los municipios y grupos de municipios que de ella derivan y á su imagen se forman (véase pág. 620) tienen también la misión de castigar los crímenes que contra cualquiera de sus individuos se hubiera cometido, pero por la misma razón son responsables de los hechos contrarios á la ley que sus miembros realicen, debiendo sobre todo estas agrupaciones pagar la multa en dinero y bienes que se haya impuesto á un criminal insolvente. Por el *suku* debe responder la *hotla* y á falta de ésta el *negari*. A cambio de esto tienen estas agrupaciones de tribus el derecho de excluir de su seno al criminal, quedando desde entonces éste fuera de la ley, pues la protección de las personas está íntimamente enlazada con la pertenencia á la tribu y cesa con ella. El caudillo consulta, además, con la tribu todas las cuestiones de derecho difíciles y nunca promulga un precepto jurídico sin el consentimiento de la misma.

El sistema jurídico de los pueblos malayos descansa en el fundamento bastante sólido de una costumbre (*adat*) que se trasmite por medio de la tradición, á pesar de lo cual no existe en sus idiomas la noción de ley ni hay entre ellos una magistratura. El caudillo que juzga no dice: «así lo exige el derecho» sino «es costumbre.» El derecho malayo ha abandonado, en su mayor parte, el terreno de la venganza privada avanzando en el de la imposición de determinadas multas para los delitos y faltas principales, transición que aparece de un modo interesante en el hecho de concederse al marido el derecho de dar muerte á la mujer adúltera y al amante cuando los sorprende infraganti ó mientras el delito no ha sido llevado al juicio del príncipe. En Nias todavía hay más, pues el marido ultrajado puede pedir ayuda para consumir este castigo privado. En el caso de que el marido deje pasar la ocasión de tomar venganza, el delito cae bajo la jurisdicción de la ley. Lo propio sucede con el robo y con el asesinato. En Dschohor una bofetada podía ser castigada con la muerte con tal de que el ofendido matara al ofensor dentro de los tres días después de consumado el hecho: también aquí podía darse muerte á todo criminal cogido infraganti y ejemplos hay, en los modernos tiempos, de haberse aplicado este castigo por el procedimiento de Lynch aun después de haberse

hecho cargo la policía del criminal. Cuando la ley llega á conocer de los delitos, casi siempre pueden éstos ser expiados por medio de dinero. En los robos y otros daños la ley resulta á menudo inútil, pues la parte perjudicada se contenta con conseguir una indemnización en el terreno de las negociaciones privadas; de aquí que cuando recaen sobre alguien sospechas de que es un ladrón, lo primero que hacen los amigos del perjudicado es averiguar si el delincuente tiene recursos bastantes para indemnizar á aquél. La verdadera palabra en estos casos es la indemnización ó reembolso, pues la idea de castigo termina, por lo menos en su mayor parte, con la venganza privada. Sólo en el caso de que el culpable no pueda hacer efectiva la compensación que la víctima le exige, es llevada la cuestión á la resolución del caudillo. En muchas tribus, la comunidad entera toma parte en la persecución del criminal y en el aprontamiento en pro de cada uno de sus individuos, según ya hemos visto. No deja de ofrecer interés el hecho de que por el importe de la multa se conozca el grado de aprecio social que cada persona merece: entre los madagascarenes el valor de un esclavo es de 20 reales: el de una esclava 30, el de un hombre libre 30, el de una mujer 40 y el de un individuo de familia noble 80; entre los redjanges de Sumatra, según Marsden, los caudillos de alta categoría valían 500 dollars, los de pequeña 250, la mujer de estos últimos 250, la de un hombre libre 150 y un hombre libre 80. De los pasemahes se dice que el valor de un niño de la clase más elevada es igual al del hombre de la que sigue inmediatamente después. Las heridas producidas desde las caderas para arriba cuestan más que las inferidas en la parte inferior del cuerpo; las causadas con el kris más que las de espada, etc. Ya se comprenderá que este sistema de poder rescatar la culpa por medio de dinero es causa de muchos abusos sirviendo el adulterio de materia de explotación á los dajakes del Sud de Borneo, de quienes dice Michielsen que la mayor parte de los litigios y contiendas que entre ellos se suscitan reconocen por causa una mujer. En este pueblo y más hacia el interior también las mujeres más solicitadas son las que no siempre se mantienen dentro de los límites de la fidelidad conyugal porque los maridos adquieren un derecho sobre las desproporcionadas multas que han de pagar los que se dejan coger en las redes de tales pecadoras. Muy frecuentes son los insultos contra el honor porque una de las cualidades del carácter del malayo es ser en extremo celoso de los honores que le son debidos. Una mirada que pueda indicar desprecio, un pequeño golpe, pasar por encima de alguien que esté echado en el suelo, etc., constituyen ofensas gravísimas y son á menudo causa de asesinatos.

Lo que dice Rosenberg hablando de los isleños de Eugano, á saber que entre ellos raras veces se cometen otros delitos y crímenes que el robo, está confirmado por Willer respecto de la isla Buru, cuyos alfures sólo conocen casti-



Estatua de antepasado, de los igorotes de Luzón (Colección del Dr. Hans Meyer, Leipzig) ^{1/12} de su verdadero tamaño.